

LA BROMA.

Periódico satírico y mordiente;
Saeta para sabios y estadistas;
Moscardon para malos publicistas,
Terror y espanto de la mala gente.

Lima, Abril 13 de 1878.

Publicacion que sale puntualmente,
Con mas exactitud que usan los *gringos*,
Los sábados... ó hablando claramente....
Las vísperas de todos los domingos.

Num. 26

Ropa vieja.

El hábito no hace al monje.

(TRADICION).

I.

Grandes fiestas preparábanse en Lima para el 28 de Setiembre de 1747, dia designado por el vi rey conde de Superunda para la jura de Fernando VI.

Costumbre era que, en ceremonia de tan régio carácter, sacase el alférez real el estandarte de Pizarro; mas, hallándose dicho cargo vacante á la sazón, dispuso la Audiencia que la bandera de la conquista fuese llevada por el noble que mas limpios y antiguos cuarteles pudiera presentar en su escudo de armas.

Con tan inconsulta disposicion exaltóse la vanidad de los hombres de pergaminos, y vino la competencia entre los condes de San Juan de Lurigancho, de la Vega del Ren, de Montemar y de las Lagunas, con los marqueses de Zárate, de Santiago, de Villar de Fuentes y otros títulos de Castilla. Salieron á lucir protocolos y árboles genealógicos, y la Audiencia se vió comida de gusanos para dar un fallo que, agraviando á encumbrados personajes, iba á ser semillero de discordias entre las primeras y mas acaudaladas familias del pais.

Afortunadamente donde ménos se piensa salta la liebre, y bajo una mala capa se esconde un buen bebedor, que, como reza el refran, el hábito no hace al monje ni la venera al noble.

En esta ocasion vino un pobrete, casi un desconocido, á dejar á todos en paz. Y aquí empieza la tradicion.

II.

En la calle de Belen había, por esos años, una casa de modesta apariencia, con dos balconillos moriscos ó de celosía, en uno de los cuales habitaba un viejuelo muy querido en el barrio por la llaneza y amenidad de su trato.

Don Tomas del Vallejo, que tal era su nombre, manteníase con una renta de dos pesos diarios, producto de la parte que á él le correspondía en la hacienda Santa Rita de las Velas, situada en el valle de Ica. Mas que renta, era esa pequeña suma pension alimenticia que le asignaron los deudos de su difunta mujer. Hombre de método y desprovisto de vicios, vivía Don Tomás, no diríamos con holgura, pero sí ajeno de apuros y exigencias.

En verano y en invierno, vestía calzon de paño negro á media pierna, medias azules, zapatos con hebilla de oro, chupa de terciopelo y capa de anafalla. A pesar de la pobreza de su traje, esmeradamente limpio, descubriáse en el buen señor un no sé qué de aristocrático.

En una sociedad que andaba á pesca de todo

aquello que desterrara la monotonía de la existencia, fué la cuestion del estandarte constante tema de charla para nobles y plebeyos.

Hablábase de esto en la botica á que concurría de tertulia Don Tomás del Vallejo. Cada cual, segun sus simpatías, auguraba el triunfo de este ó del otro candidato, hasta que nuestro viejuelo dijo:

—Pues, señores míos, sepan vuesa mercedes que los títulos de esos caballeros son papel de estraza, y que yo sé de alguno que, si quisiera, dejaría tamañitos á tanto infanzon petulante.

—Parola, Don Tomas, parola —le contestaron —Eche usarced el toro a la plaza para que creamos en lo que dice.

El viejecito se sonrió y repuso:

—Queden las cosas como están y allá lo veredes.

Al siguiente dia la Real Audiencia se ocupó de examinar los documentos de un nuevo pretendiente. Estos venian tan bien aparejados que, *nemine discrepanti*, los oidores fallaron que el poseedor de pergaminos tales era, en el Perú, el individuo de mas acuartelada nobleza.

En su escudo no había yelmo volteado, ni barras de bastardía, ni espada rota, abundando los grifos, castillos y leones rapantes en campo de gules. Item, el árbol genealógico probaba cinco entroncamientos reales en los antepasados del opositor.

Los que entienden de heráldica en Lima (que no son pocos) convendrán conmigo en que ni el rey que rabió podía calzar mas puntos de nobleza que Don Tomas del Vallejo. Aquello era para dejar boquiabierto al mas encopetado.

El viejecito de la calle de Belen fué, en consecuencia, declarado digno del alferazgo; y como sus humildes condiciones de fortuna halagaban, hasta cierto punto, la fatuidad de los vencidos, estos se apresuraron á colmarlo de agasajos, obsequiándole cuanto le era necesario para asistir decorosamente á la ceremonia. Lo esencial era que no había triunfado ninguno de los orgullosos magnates ni recibido humillacion los vencidos.

Sin embargo, presumo que alguno debió chillarse, juzgando por esta décima popular:

De Vallejo la nobleza
Nobleza es de buena ley.....
Cristo es de los reyes rey,
A pesar de su pobreza.
Carta de naturaleza
La Audiencia ha dado á este antojo,
Y así nadie cobre enojo
Y á ser vasallo se avenga
De todo aquel que no tenga
Donde se le pare un piojo.

RICARDO PALMA.

Chorrillos, Abril de 1878.

Una leccion en regla.

(TRADICION).

Pocos meses ántes de la batalla del Portete de Tarqui encontrábase el ejército peruano acantonado en Tambo Grande, hacienda del departamento de Piura.

Habíanse improvisado cuarteles ó *canchones* para la tropa, y la oficialidad ocupaba *ranchos* contruidos con estacas de algarrobo, esteras y mimbres.

El Presidente de la república hallábase á la cabeza del ejército, compuesto, en su mayoría, de los vencedores en Junin y Ayacucho.

En la vida de campaña, sin los goces que proporciona la permanencia en las grandes ciudades, el juego es la única distraccion del militar.

En vano el mandatario, para extinguir ese vicio, amonestaba á la oficialidad, imponía arrestos y severos castigos, promulgaba órdenes generales y recomendaba á los jefes de cuerpo rigurosa vigilancia. Estos eran tambien desenfundados jugadores, y por lo tanto indulgentes con el pecador.

La tienda del Comandante X... era un pequeño espacio de tres varas cuadradas, en cuyo centro levantábase una tosca mesita, formada de una tabla puesta sobre cuatro puntales enterrados en el suelo.

Una bujía de sebo, colocada en una bayoneta, alumbraba á veinte oficiales allí reunidos, y cuya vida toda estaba reconcentrada en el par de dados que evolucionaban sobre el tapete.

Por aquellos tiempos las pagas eran escasas, y los pobres militares no podían hacer *paradas* mayores de dos ó cuatro pesos.

Hubo un momento en que el juego tomó calor. Tratábase de veinte pesos, la mayor *posta* de la noche, y los dados andaban remolones para decidirse por las facetas del azar ó de la suerte.

La ansiedad era unánime y todas las respiraciones estaban en suspenso.

De repente oyóse una voz que dijo:

—Mas!

Y, sobre el grupo de apiñadas cabezas, dejése ver un brazo, en cuya manga relucían los entorchados de General, y una mano que puso sobre el tapete una onza de oro.

Los jugadores se quedaron petrificados.

Aquel nuevo y rumboso jugador era el Excelentísimo señor Gran Mariscal Don José de La-Mar, primer Presidente Constitucional del Perú.

El sagaz y prudente jefe recogió luego su moneda y, sin pronunciar una palabra de reconvenccion, se retiró de la tienda.

La leccion fué mas eficaz, para aquellos bravos y pundonorosos soldados de la *patria vieja*, que una resma de órdenes generales y que todos los artículos de la ordenanza.

Desde ese dia no se volvió á jugar en el ejerci-

to que hizo la heroica, aunque por mil motivos desgraciada, campaña de Colombia.

RICARDO PALMA.

Chorrillos, Abril de 1878.

Lorenzita.

I.

El año de 1828 *entró* á estudiar gramática latina, á la clase del profesor D. Justo Andrés del Carpio, un niño de catorce á quince años de edad. Mas que niño hubiérase dicho que era una niña si sus señores padres, en vez de haberlo metido en el clásico mameluco de *porto-mahon*, le hubieran puesto enaguas y polleras; la apariencia femenil no provenia, sin embargo, de la belleza de su rostro, cuyas irregulares facciones lo hacian tirar á feo con cierta fuerza invencible. La debilidad de su sexo se deducia de su aire y movimientos afeminados y de las formas de su cuerpo que desde esa tierna edad ofrecía un desarrollo poco parecido al del hombre que lo fuera en la extension de la palabra; agréguese á esto el gusto mas decidido por objetos femeniles y es claro que en ese niño habia sufrido la naturaleza una equivocacion, quedándose indecisa, al tiempo de darle el primer soplo de vida, sobre si ese nuevo ser debía venir al mundo para guerrero ó para nodriza.

Mientras todos los diablillos estudiantes del Nebrija se desayunaban con leche vinagre ó bizcochos con queso, el jóven meliflúo tomaba orcha-ta ó fresco de piña; y mientras los cuartillos y medios paternos y maternos iban á parar á la pulpería de D. Pascual, en cambio de galletas, huesillos y orejones, los medios de la niña, como lo llamaban los condiscípulos, iban á manos de la misturera en cambio de azahares y claveles.

El niño se llamaba Lorenzito; sus compañeros lo llamaban la niña Lorenzita. Claro es que la desgraciada *niña* tenía que ser el objeto de bromas y de farsas *estudiantiles*.

El latin es lengua á que las mujeres no tienen mucha aficion y en esto se parecía tambien Lorenzito á las mujeres; tres años se calentó los sesos sin poder salir de géneros y pretéritos, quedando siempre de *quiebra-cursos*, y al fin sus padres lo retiraron del aula. Sin embargo, al cabo de poco tiempo, Lorenzito volvió á ser estudiante y, como tal, estuvo en el Colegio de Santo Toribio, en donde hizo tales progresos que recibió los *cuatro grados*, vistió sotana y cargó sombrero de teja.

No es cosa extraña que los años hagan crecer el cuerpo, poco mas ó poco ménos; con la diferencia que unos suben hasta una altura elevada, como por ejemplo... y otros se quedan con la cabeza próxima á los piés como el humilde servidor de ustedes.

Lorenzito, no por ser afeminado, ni por estar ordenado de cuatro grados, dejó de crecer y en su cuerpo se dibujaron ciertas formas y estas tomaron ciertos movimientos, que los pichones de obispo llamaban á su sócio la *monigota*. No por vestir hábito talar habia renunciado el seminarista á sus delicados gustos: el cuello de mostacillas, los puños de la camisa bordados, con plumilla, los zapatos de hule con hebilita de plata y los pañuelos de hilo para el bolsillo acusaban que el clérigo en ciernes sería con el tiempo el eclesiástico mas pinganilla de su época. Pero la suerte ingrata no lo dispuso así; el múnago colgó los hábitos; y aquí hay un paréntesis para todo in-

dividuo que no fuera su íntimo relacionado. Es decir, nadie vió á Lorenzito durante algunos años.

II.

En la esquina que forman las calles de la Concepcion y del Puno, trabajaban, en 1840, con ardor varios artesanos, pintores, empapeladores y carpinteros; arreglábase una pulpería de nuevo estilo, pues vidrieras, andamios y estantes estaban pintados al óleo y con los brillantes colores, rojo, verde y amarillo; sobre la puerta principal que dá para la calle de la Concepcion, se puso una muestra, obra admirable de un artista peruano, que representaba á Cupido en paños menores, ó, mejor dicho, sin mas paño que una venda, lanzando sus emponzoñados dardos á varias doncellas *castas*. El Cupido era blanco y rubio como un alemán y las doncellas negras como la Reyna de Mozambique. En la otra puerta la muestra tenía esta leyenda: «Baratillo de comestibles, licores, manteca y leña de Lorenzo B.....»

Abandonados los estudios del latin y de moral, el jóven Lorenzito se entregó á las ciencias y á las artes.

Ocupóse de química y de destilacion para hacer mistelas de *rosa*, *canela*, *vainilla*, *chocolate*, *perfecto amor*, etc. y para dilatar los vinos y aguardientes á fin de hacerlos ménos nocivos.

En cuanto á las artes, hizo progresos en el punteo de la guitarra para acompañar con ella las mas tiernas y sentimentales canciones.

Si el exterior de la pulpería daba golpe, la trastienda daba trueno. Aquello no era trastienda de pulpería, sino el retrete de la mas pulcra damisela. Paredes pintadas con alba çal, adornadas en su parte superior con una cenefa al fresco, obra del autor de las muestras; petate de la China, catre de campaña, pero adornado con cortinas de gasa blanca, un hermoso liston y cintas de raso; floreros de barro de Guadalupe, incensantemente provistos de fragantes flores.

La pulpería hacia negocio durante el dia, pero la trastienda consumía las ganancias del negocio durante la noche. Varios jóvenes decentes, amigos del negociante, lo honraban nocturnamente con sus visitas; formaban en la trastienda unas francachelas y unas *remoliendas* de hacerse agua la boca; corrían las mistelas fabricadas en la casa por el gáznate de los amigos, como el agua en Maticana ahora dos meses; pasaban por el mismo túnel el pan, queso, aceitunas y plátanos, como si los propietarios de tales conductos hubieran pasado una cuaresma entera á pan y agua; y por último... por último, ¡qué diablos! ¡¡quebró el pulpero!!

Otro paréntesis en la vida pública de Lorenzito.

III.

En el oscuro cuarto del traspatio perteneciente á una casa situada en el Callejon de Contradiccion, vivió un hombre en cuyo cuerpo puede estudiarse un curso de osteología, sin que se escape ni el mas insignificante huesecillo; su cara enjuta y demacrada manifestaba que el individuo á quien esa cara habia tocado en lote, estaba padeciendo ó habia padecido de alguna tremenda disentería. A tal estado de flacura habia llegado ese cuerpo y á tal estado de transparencia esa piel, que la ciencia pensó en sacar provecho del individuo y pensó lo mismo, por su parte, el Honorable ayuntamiento de la capital.

Creyó el Protomedicato que si era posible introducir una vela encendida en el interior de Lo-

renzito podría estudiarse cómodamente la organizacion de las entrañas sin necesidad de escalpelos; creyó el Honorable Cabildo que si esa introduccion era posible, podría aprovecharse al individuo para faro; pero protomedicato y ayuntamiento desistieron de sus proyectos calculando que la luz no era posible por falta de ventiladores, y ahí quedó la cosa.

El que hubiera conocido la trastienda de la pulpería y hubiese visto el lujo *occidental* de la habitacion y al propietario de ese establecimiento, con pantalon, chaleco y levita de nanquin de seda, corbata colorada, media de seda, zapato de rostro bajo, siempre con hebilita de plata; peinado con profusion de crespos bien untados con aceitillos, pomadas y otros cosméticos; en dos dedos de cada mano anillos de oro, etc., etc.; y entrara despues al cuarto donde moraba ese elegante, se hubiera caído de espaldas, si así se lo pedía el gusto. Miétras allá todo era limpio, alegre y fragante, era todo acá puerco, triste y... Miétras allá se comía y se bebía mistelas y se cantaba, acá se pujaba, se bebía tisanas y se quejaba. ¡Qué contraste!

Sin embargo, Lorenzito no permanecía ocioso, habia cambiado de profesion y entregádose á hacer flores de mano y de briscado, ollitas y jarritos de barro zahumado y algunos otros objetos de esa clase.

IV.

En la noche de Navidad de 1844, la plaza de Lima presentaba ese animado espectáculo propio de aquellos tiempos felices en que no conocíamos ni ferro-carriles, ni luz de gas, ni telégrafos, ni billetes de banco. Una de las mesas que mas llamaban la atencion, era la de un elegante, pero pálido sujeto, vestido todo de blanco, desde el zapato de ante hasta el sombrero de paja; solo la corbata y un hermoso clavel sujeto en el ojal del chaqueton eran de color rojo subido. La amabilidad del propietario de esa mesa llegaba á punto de almiar; llamaba á todos los caballeros, *señoritos*; á todas las señoras, *bella dama*; á las señoritas, *mi ángel*; y á los niños, *preciosura*.

Con estos piropos y por la comodidad de los precios la mesa quedó desocupada antes de la una de la mañana y el afortunado comerciante, nuestro Lorenzito, se recojió contento y satisfecho de sus trabajos, aunque algo trabajado por las impertinencias de su ya crónica dolencia.

Como esa industria era solo explotable dos veces al año, como el hambre no guarda los mismos períodos que las pascuas, y como en fin es preciso que el pan sea de cada dia, á la industria consabida añadió Lorenzito la de hacer marcas y bordar plumillas, habilidades que hasta entonces no habia desplegado ningun individuo del sexo de Cain; pero que en Lorenzito se desarrollaron con una inaudita brillantez. Volvió la boga y con ella volvieron la buena vida, aunque siempre algo amargada por la impertinente dolencia, las cenas, el cuarto elegante; y por segunda vez sucedió lo que tenia que suceder, otra quiebra y, no tanto porque la industria no fuera siempre proflua, sino porque la dolencia arreció hasta convertirse en tormenta.

V.

La plaza de Lima, hasta ahora pocos años, ofrecía por las noches un aspecto alegre, bullicioso y pecaminoso. A ella concurrían todos esas áni-

mas que, como las del limbo, no tienen lugar determinado: muchas de esas ánimas estaban en ayunas á las nueve de la noche, bien que forradas en blancas y olorosas polleras. En uno de los bancos próximos á un puesto de cena, encontrábase una mujer, alta, pálida, envuelta en un pañuelo de colores y teniendo en la mano un pañuelo de hilo que continuamente lleva á la boca.

Acércase á ella un caballero inglés, quien, en el estilo correcto del que no sabe la lengua que habla, la convida á cenar; la dama se empeña en no hablar, el caballero insiste en sus ofrecimientos y al fin la dama acepta por señas.

Digamos quién era ese caballero y despues veremos quien era su dama.

Tomando la calle de Plateros de San Agustín y torciendo para la de Plumereros, la tercera casa era, en la época á que hemos llevado al lector, el establecimiento del primer empresario de ferro-carriles entre Lima y Callao. Ese empresario se llamaba Mister *John Wilson*; pero, como sobre la puerta de su establecimiento había un letrero que decía: *Horses to let*, el público inteligente creía que su nombre era Mister *Horses*.

Este Mister *Horses* era, en aquella noche, el galán de la dama vestida de blanco.

Fuerza es decir, en obsequio á la justicia, que Mister *Wilson* ó Mr. *Horses*, si U. gusta, se manejó como un verdadero *gentleman*, y que la dama comió cuanto le pidió el gusto, habiendo tenido la habilidad de engullir sin descubrirse el rostro, á pesar de las reiteradas exigencias del noble inglés. La dama quiso aplicar el proverbio de *comida acabada amistad deshecha*; pero no era así como lo entendía el súbdito de S. M. B.; al contrario, él pretendía estrechar mas la amistad, y aunque la dama defendía heroicamente su virtud y rechazaba las proposiciones un poco avanzadas y deshonestas de su rubio apasionado, pareció al fin ceder y acompañar á este á su domicilio.

Iba pensando interiormente en la manera de plantar al inglés, pero este, que no entendía de partidas de clérigos mulatos, la llevaba del brazo estrechándola de modo que no había escapatoria. Por fin, al llegar ya á la casa, la ninfa se pára de firme; el galán insiste en que lo siga, y ella, echándose atrás el pañuelo, deja ver una cabeza casi rapada y una cara escuálida algo afeminada pero no completamente de mujer.

—Caballero, le dice, yo no soy mujer; soy un hombre desgraciado que hace dos dias no he echado en mi estómago ni una hilacha; soy enfermizo y no puedo trabajar; por ver si conseguía cenar he tomado este disfraz; U. ha sido bastante generoso para proporcionarme los medios de no morir de inanición, séalo U. para perdonar el chasco que se ha llevado.....

El inglés se quedó como la estatua del Comendador. No dijo una palabra, pero, levantando un garrote que le servía de apoyo, arrimó tal tunda á la supuesta mujer que la echó por tierra medio muerta.

La policía de Lima ha sido siempre de una irreprochable puntualidad para llegar tarde á los sitios en que fuera necesaria su presencia; así fué que, cuando á los gritos de socorro, se acercó al lugar de la tragedia, ya el inglés había desaparecido y su víctima yacía en el suelo sin sentido. Recojido el cuerpo, y no sabiéndose su domicilio, fué conducido al hospital de Santa Ana. No había entonces en esa casa de misericordia hermanas negociantes en asaduras y criadillas, sino una Señora á quien se titulaba la abadesa. Hi-

zo que llevaran el cuerpo á una sala y, al desnudar á la *pobre apaleada*, creyó ver que esta era... Dudó de lo que creía ver, y poniéndose las gafas y acercando la luz, se convenció de que esa mujer no era igual á las demás y que había razones para suponer un extravío de la naturaleza; persona mas entendida que ella en esa materia, la barchilona de la sala, declaró rotundamente que esa mujer era hombre, y á la madrugada fué mandada al hospital de San Andrés.

Nuestros lectores habrán adivinado que ese hombre-mujer era nuestro conocido Lorenzito.

La abundante cena, la mas abundante garroteadura y los achaques de la dolencia crónica, siempre persistente, hicieron bajar á la huesa prematuramente á Lorenzito B... cuyos amigos al darse la funesta nueva se decían: ¡*Ya murió la pobre Lorenzita!*

M. A. FUENTES.

Lo que pesa el oro en Oropesa.

Corría el tiempo con la celeridad del velocípedo, allá por los años de 1807, cuando ni se sospechaba la rauda aparición de este instrumento rodante, y la Roma peruana, la opulenta Cuzco, se vanagloriaba de tener apoltronado en el taburete episcopal al Ilustrísimo y Reverendísimo señor Dr. Don fray José Calixto de Orihuela, quien, en achaques del cumplimiento de su cargo apostólico, era el obispo mas obispo de la cristiandad; era como si dijéramos uno de esos pastores que no trasquilan enteramente á sus ovejas.

El jóven y hábil presbítero Dr. D. Antonio Altamirano y Ojeda, desempeñaba á la sazón la Secretaría de su Ilustrísima, y fuerte en su oficio teológico, cooperaba á las mil maravillas al laudable fin de meter en vereda á toda la gente de bonete y de cerquillo.

Cumplido el tiempo prefijado por los cánones para la visita pastoral de la Diócesis, obispo y secretario, cabalgados en sus respectivas mulas, ó, cambiando los frenos, *mulalgados* en sus respectivas cabalgaduras, se encaminaron, con toda la pachocha religiosa, á dar cima á su árdua y episcopal tarea.

El solo anuncio de la visita fué suficiente para que cada pueblo preparase los mas valiosos obsequios y las mas primorosas fiestas, en honor del príncipe de la Iglesia cuzqueña.

No entraremos en el pormenor de los presentes brillantes, que por conducto regular, (el de cada uno de los 131 curas) recibía el obispo, ni creemos que ellos fueran el objeto *dorado* de su peregrinación; pero conste que no escasearon los zahumadores, (vulgo braseros) de plata, las espesas, (no divorciadas del diamante ó rubí resplandeciente), ni los yesqueros ó mecheros, (con mecha y todo), frioleras que constituían, sin embargo, la base mas sólida de la romería y tanto que abrumaban con su peso á media docena de bestias, que nos olvidamos de enumerar al dar cuenta de las que soportaban las humanidades del obispo y su secretario.

Tales animales no eran cuadrúpedos, sino los bípedos indígenas á quienes el cristianismo y la monarquía tornaron en bestias de carga en la época del coloniaje.

Sería inútil decir que no se echaba de menos sino de mas, la cerveza peruana, la chicha, superior sin duda al espumante de Asti, al poner el de Orihuela pié en tierra en cada pueblo, para

dirijirse, bajo de pálio, á la casa parroquial, situada regularmente, en la plaza, en donde las *payas* se sucedían sin interrupción.

Estos bailes índicos, vienen á ser un zapateo de Cadiz disimulado, cuya música (la de las *payas*) parece escrita por el renombrado maestro Pastilla, por la igualdad que la caracteriza, variando sin variar, como sucede con las sinfonías del profesor susoreferido, á quien, porque se remonta siempre á los cuernos de la luna, podemos llamar lunático, sin pretensiones de ninguna especie.

II.

Llegó el de Orihuela al curato de Oropesa y estrañó sobre manera que ni el párroco asomase las orejas uniformado de sobrepelliz, ni el sacristán llevara el palio de rito, ni comitiva alguna saliera al encuentro de tan mitrada persona. Su sorpresa subió de punto cuando, en plena plaza, palpó la carencia de *payas* y demas demostraciones de cajón.

Desmontó Su Señoría para montar en una de esas cóleras en que son fecundas las dignidades eclesiásticas, y con el hidrofóbico acento de los escritores insignes, cuando alguno osa no aplaudir en coro lo que dan á luz, porque no es onza de oro que gusta generalmente; con ese tono, repetimos, interrogó al primer indio que se le vino á las manos, demandándole por el domicilio del párroco: el infeliz chuncho satisfizo á la pregunta y guió á Su Señoría á la casa cural.

El Diocesano reprimía la ira que le bullía entre pecho y espalda y con un disimulo inverosímil levantó su diestra hasta la altura de los labios del Doctor Don Gaspar Luna Victoria y Alcántara, Cura Vicario de la Doctrina de Oropesa, Juez Eclesiástico, Examinador Sinodal de la Diócesis del Cuzco y Doctor en Sagrada Teología en la Real y Pontificia Universidad de San Marcos, sujeto aventajado, de ciencia y conciencia, de noble alcurnia y colosal riqueza, uno de esos pocos varones que siguen la carrera del presbiterado por vocacion y no como recurso infalible para conseguir fortuna por la la rejilla del confesionario, ni poner en práctica otras buscas sacrosantas, vg. hacer perdurable el mes de María.

—«Bienvenido sea Su Ilustrísima á este humilde rancho»—(fué todo el saludo del cura al obispo, acompañando la dición á la acción del ósculo en el enorme solitario).

—«Gracias, gracias, mi amado hijo en Jesucristo»—(fué la respuesta del obispo al párroco, uniendo el garabato de la bendición á las frases de cortesía obligada).

Mientras se cambiaban estos cumplidos en la sala de la casucha parroquial, los pongos se ocupaban, en el corredor, en desensillar las tuernas episcopales.

La una y tres minutos de la tarde marcaba el gigantesco y antidiluviano reloj de encajonado péndulo, cuando tomaban asiento los recién venidos y el dueño de la casa.

III.

La conversacion rodó sobre las entradas del curato, incluyendo en ellas los productos de diezmos y primicias, ateniéndose Su Señoría á lo que el párroco le aseguraba *tacto pectore*, porque, en aquella época de inocencia y de felicidad, no se había descubierto aún la tenebría de libros, ni Arosemona y Gobin habían puesto en transparencia los misterios profundos de la partida doble.

Respecto á la alza y baja de nacidos, de falle-

cidos y de unidos, nada otra cosa había que defectuosos apuntes en tiras de papel; pero esto tampoco preocupó al obispo, porque, también, la estadística estaba entonces en estado embrionario, sin esperanzas de que llegara al perfeccionamiento de hoy, en que el censo de la encantadora y popular Lima arroja 80,000 hijos de vecino y vecina, por toda suma total, merced á la ciencia infusa de Mr. Marchand, quien por lo visto marcha á pasos acelerados para retrotraer las cosas y á las personas al estado en que se encontraban ahora veinte y cinco años, fecha en que la capital del Perú constaba de 122,000 almas, encerradas en sus respectivos estuches *corporeos*.

Prévio un paseito, á pié, por la poblacion y su campiña, llegó la hora apetecida de la merienda.

La mesa estaba puesta por la respetable matrona que asistía al señor cura en sus enfermedades cotidianas, y nuestra voluntad se halla dispuesta á describir el acto solemne de la masticacion.

Mantel limpio, un par de limetas de vino de lanchas, un lebrillo de mondonguito con papas amarillas, el mentado y tradicional pan que lleva el nombre del pueblo y es una celebridad en toda la América del Sur, cancha en abundancia y mate de leche, constituían las viandas de la merienda, admitiendo el absurdo de que el lienzo que cubría la mesa fuera un alimento digerible.

Muy atento estuvo el cura con su encumbrado huésped y en el párrafo que le echó, empujando el codo, no se descubría nada de eso que en estos progresistas tiempos abunda en los brándis que dirijen á los que suben al mando supremo, aquellos que, gracias á discursos sempiternos, se buscan la vida de magnates.

El cura no sabia adular ni tenía para qué dedicarse á esa profesion *diplomática*, que hasta un ministerio vale hoy á los que la saben por principios y la practican por instinto.

Copiamos las palabras del doctor Luna Victoria al obispo Orihuela; fueron estas:

« Ilustrísimo señor :

« Tomo esta copa deseando, de todas veras, bienaventuranza y gloria á la Iglesia y al Estado, « completa salud á Su Señoría y acierto en la direccion espiritual de su amada grey. »

— Así sea, hijo mío, — murmuró no entre dientes, sino entre encías, el señor obispo á quien el *mondongo* se le volvía estopa en el guargüero, porque hubiera deseado aniquilar al cura que tan mal lo trataba gastronómicamente hablando.

Quien de curato en curato habia gustado sabrosísimas aves, apetitosas *entradas*, *conservados* principios, jugosos jamones, postres deliciosos y catado vinos seculares, ¡hallarse de manos á boca con el misero párroco que por todo regalo le presentaba el *mondongo*!

¡Oh! profanacion!
¡Anathema sit!

La merienda acabó á las ocho de la noche y el señor cura, transformándose en candelabro portátil, condujo al obispo y al secretario á una pequeña, pero aseada habitacion, en la que se distinguían dos catrecitos de tijera con sábanas albas, resplandecientes frazadas de lana de vicuña y limpios almohadones. Entre el espacio que dejaban libre ambas camas, fronteras, y arrimado á la pared, se veía un camapé de baqueta, adornado con enormes tachuelas doradas. Ocupaba el medio

de la habitacion una mesa de nogal, especie de « *Leviatan* » con recado de escribir. Varias sillas, también de baqueta, y un aguamanil triangular, con sus útiles, completaban el menaje de aquel cuartucho.

El señor obispo se acostó rezando sus oraciones de costumbre, lo mismo hizo su secretario, y apagando la bujía, dijo el primero, de esta manera:

— « Vaya en gracia con el cuitado y descortés cura, mal recibimiento, peor comida y pésima cama; esto le cuesta la perdida del curato en cuanto entremos á la ciudad. »

— « Bien hará US. I. por el desacato y la falta de longaminidad de que este clériguillo nos ha hecho víctimas expiatorias. » — Contestó el secretario.

(En el cuarto inmediato estaba el cura con el oído aplicado al tabique divisorio: escuchaba perfectamente la conversacion y sonreía sin cesar).

— « Tan pésima es la cama, doctorcito, (continuó Su Ilustrísima), que la almohada está llena de tolonrones: parece que tuviera debajo todo el nevado de Sorata. »

— « Del mismo mal padece la mía, mi señor Ilustrísimo. » (fueron las palabras del secretario).

Sucedió un silencio sepulcral.

Y al propio tiempo obispo y secretario, introduciendo la mano bajo los almohadones de sus respectivos lechos, encontraron un salchichon duro y pesado. Rompió, cada cual, por un extremo el papel del envoltorio y la salchicha estaba rellena de monedas que, por el peso, la dimension, la suavidad y el cordoncillo, no quedaba don Jerónimo de duda de que eran peluconas, de que se trataba de onzas de oro!

El silencio proseguía.

Apercollada la *polla* por Su Señoría y por el secretario, el primero rompió el silencio con las siguientes frases:

— « Viéndolo bien, mi secretario, el clérigo no ha hecho tan mal en colocarnos juntos en una habitacion: si nos hubiera separado, no tendríamos el placer de charlar á nuestro contentillo. »

— « Exactamente, Sr. Ilustrísimo, repuso el secretario, y si me permite Su Señoría hablar en justicia, me atreveré á decirle, con el debido respeto, que el vinito era mas que regular. »

— « Sí, hombre, (interrumpió el señor obispo), era un buen vino y si quieres que te afirme una cosa cierta, en verdad, en verdad te digo que no ha estado tan malo el *mondongo*. »

— « Me identifico con US. I. pues no ha estado tan malo el *mondongo*, repitió el secretario con tono de íntima conviccion, » é insistió en decir: pues no ha estado tan malo el *mondongo*.

IV.

UN ITEM MAS CON SUS RIBETES.

Quede á Herodoto la gloria de que lo reconocia la ciencia como al creador de la Historia Unisal y tributemos al maestro y al amigo Palma el homenaje que le rinde la literatura patria por ser padre legítimo de la tradicion peruana.

A él dedicamos, pues, este malaventurado articulejo.

Esto supuesto y sin osar meter nuestra hoz en mies ajena, al hacer la anterior reminiscencia histórica, la completaremos agregando que el obispo Orihuela fué el padre de los pobres del Cuzco, socorriéndolos, con profusion, en sus necesidades.

El oro sellado que recibió en Oropesa, lo distribuyó prudencial y caritativamente.

De algunos pecadillos veniales podía sin em-

bargo acusarse el Ilustrísimo Doctor Don fray José Calixto ante el tribunal de la penitencia; *verbi gratia* dar ejercicios espirituales en 1818 á los jefes y oficiales realistas y cantar *Te Deum laudamus* en 1824 por la entrada al Cuzco de una division del ejército libertador.

Los restos mortales del obispo Orihuela existen visibles en la capilla de Copabana del Cercado de Lima; los encierra una gran caja de roble y se divisan aún las insignias del traje episcopal con que fué sepultado.

ACISCLO VILLARAN.

Foro peruano.

Juicio de trigamia.

(Continuacion.)

ESCRITO.

Mariquita Molina digo ante Usía:
Que estoy hasta la nuca de trigamia.
Obvia probanza encierran mis alegatos
Aún para que fallara Poncio Pilatos;
A que se abrevien trámites también me allano
Por no ver mas la estampa del escribano.
Es de justicia—Lima y Abril primero—
Firma por Mariquita—JULIO EL BROCHERO.

OTRO ESCRITO.

Guillermina Azul y Rosa
Ante el Provisor Discreto
Con el debido respeto
Y en la forma mas premiosa
Digo: que paso por todo,
Pues con tal de ver fallada
Esta causa condenada
Entro en cualquier acomodo.
Y lo digo y lo repito,
Aunque eso raya en cansera,
Falle Usía como quiera
Que á mí se me importa un pito.
Si me descasa, mejor;
Que hace dias me pretende
Castro Osete, hombre que entiende
De torerías de amor.
Yo soy mujer prevenida
Y amor con amor se paga:
Cuando una luz se me apaga
Otra me queda encendida.
Siendo pronto, yo recibo
Con alegre rostro el fallo,
Que amor no monta á caballo
Porque le falta un estribo.
Y tenga presente Usía,
Al sentenciar, el refran:
—Donde las toman las dán—
Y con esto hasta otro dia.
(Firma)—AURELIO VILLARÁN.

DECRETO.

En Lima á doce del mes
Que el cuarto del año es.—
Traslado al defensor de matrimonios,
Confiriéndose el cargo, en este juicio,
Prévia su aceptacion y juramento,
Al Reverendo Padre Fray Sulpicio.

NOTIFICACIONES.

Doy fé de quedar citadas
Las partes interesadas.

CONTESTACION.

Señor Provisor:
Desde el oscuro tiempo de los Moros,
Hasta la aparicion de San Antonio,

Siempre fué respetada en todo el orbe
 La santa institucion del matrimonio.
 Los textos hablan que la Iglesia tiene;
 Sobre ello ha disertado el Cebedeo,
 Y allí están esas obras portentosas
 Del sábio evangelista San Mateo.
 ¿Qué cosa es, en verdad, el matrimonio?
 Un abogado ilustre, docto y ducho,
 Dijo, en una ocasion harto solemne,
 Que el matrimonio es solo un anticucho.
 ¡Cuanta filosofía se contiene
 En esta tan profunda paradoja!
 Léase, sobre el punto, á Galileo,
 Á Socrates, Zenon y Barba-Roja.
 ¡Oh matrimonio santo, que instituido
 Fuiste por los autores mas prolijos!
 Sin tí los hombres ni muger tuvieron
 Y ni hombre ni muger tuvieron hijos!
 ¡Hijos! ¡Palabra dulce asaz sonora!
 ¿Qué palabra que mas con amor cuadre?
 ¿Qué cosa iguala al sentimiento puro
 Del hijo, cuando sale de su madre?
 Por eso allá, en la Grecia y sus contornos,
 A todo el que vivió en concubinato,
 Lo llamaron las leyes de Partida
 Impura copia de barbon chivato.
 Y ¿qué decir ahora de ese Toro
 A quien como una grave falta saca
 Ser casado tres veces *facie ecclesie*
 El mordaz abogado de la Vaca?
 ¡Tres veces! Oh! ¡Qué gloria para el mundo!
 ¡Qué ejemplo tan sublime! ¡Qué consuelo!
 ¡El que casa y recasa está seguro
 De subir, sin obstáculos, al cielo,
 Yo defiengo, Señor, el matrimonio
 Y, en mi sentir y múltiples razones,
 El trigamo ó poligamo acredita
 Que es un varon potente y de calzones.
 Defiengo, pues, el triple matrimonio
 Del esforzado Capitan Espada;
 Su nombre será siempre venerado
 De esta generacion y la pasada.
 Si Usia quiere obrar como un Tiberio
 Y pronunciar conforme á la alta ciencia,
 Una, que al mundo asombre como nueva
 Sábía, prudente y sólida sentencia,
 Fallará, no lo dudo, que ese Toro,
 Sin andar en mas tomas ni mas dacas,
 Cargue sus tres mugeres, mejor dicho,
 Se meta en su corral con sus tres Vacas.
 Asi defiengo yo la moral pura;
 Asi defiengo yo los matrimonios;
 Y los que no piensan como yo pienso
 No pasarán de ser unos bolonios.
 Aquesta es mi opinion, *salvo meliori*,
 Y asi debe acabar aqueste juicio,
 En Lima Abril, decimo tercio dia.—
 Dr. Claudio Ferrer de San Sulpicio.

Variedades.

Una cuestion mas difícil de resolver que la de Oriente.

“Pinto tipos generales y no retratos de personas determinadas.”

Faraon tenía una verdadera tintorería con los israelitas; sufrió por ellos terribles calamidades; pero siendo testarudo y durillo de pelar, luchó, cedió, los dejó ir y se arrepintió; el mar se lo tragó con todo su ejército, y los tiburones hicieron el resto.

Sanson encadenado, ciego por una cuestion que tenía pelos, esperó pacientemente mas prósperos tiempos y el mejor dia, ¡*cataplum!* echó abajo el templo y él y sus enemigos quedaron lo mismo que unas ratas.

Alejandro, que era lo que puede llamarse un buen mozo, con mas asaduras que un toro y enemigo de *tutias* hasta la pared de enfrente, dijo un dia: «¿Nuditos á mí?» y ¡*paf!* con un mandoble cortó el Nudo Gordiano y se quedó tan fresco.

Lucano vivía entre simples, digo, se ocupaba de elaborar elixires de larga vida, filtros contra el amor, amuletos contra mudanzas de la fortuna; un dia llamó á su puerta un agente del Santo Oficio con media docena de alguaciles y Lucano diciendo para su santiguada: «morir reventado ó achicharrado, todo es morir», mezcló los simples y voló la casa, con todos los cacharos y el familiar y los alguaciles.

Dudlay construyó un globo y se echó á navegar por los aires empeñado en vencer al viento; pero sopló Eolo y Dudlay con su costilla y sus dos retoños fué á sabullirse en el Mediterráneo que se tragó la presa sin dejar ni aun el sombrero y los zapatos.

Tavolara se propuso á todo trance cuadrar el círculo; pero mientras él elucubraba, sus parientes le disputaban su fortuna adquirida por herencia; un dia que creyó haber cuadrado el círculo, descubrió que el único cuadrado era él á quien dejaron en cuadro sus parientes.

Paraff se propuso introducir la nueva alquimia; buscaba el oro en el cobre y lo encontró en presidio.

Todos estos desastres, todas esas cuitas y todas aquellas hazañas y otras de mayor calibre que refiere la historia y contiene la fabula, son tortas y pan pintado delante de los trabajos, sin sabores, pellejeras, intrigas, picardigueltas y canalladas que encierra aquella republiqueta llamada Teatro, en donde los ciudadanos saben la Biblia con todas sus concordancias y son bachilleres cuando ménos, sino letrados con patente y estudio abierto.

La anarquía con todos sus desastres, el despotismo con todas sus arbitrariedades, la Inquisicion con todas sus astucias y sutilezas, la *comuna* con todos sus horrores, son vela de sebo delante de aquel gordísimo cirio pascual, que jamás corre derecho, sino chorreando por todos lados y salpicando y chisporroteando y llenando de humo la casa entera.

Dejando á salvo á los artistas decentes ó hidalgos, que los hay para gloria de la escena y para vindicacion de la especie, y á los autores y maestros que tambien los hay del género digno, todo lo demas, esto es, lo comun, lo general, lo vulgar, es que constituyen todos una gran calamidad dividida en las siguientes, que van de ménos á mas:

Primera—Actores dramáticos, siempre á tres ménos un cuarto,

«Siempre sin una amarilla

Como siempre tambien sin una blanca.»

Sacerdotes del dios Chisme y devotos de la diosa Intriga. Tísicos de bolsillo, pletóricos de vanidad, hidrópicos de contrato.

Segunda—Zarzuelistas, esto es, artistas *in utroque*, ambidextros, epicenos, que lo mismo dan el do de pecho arrojando los pulmones, que lanzan el trueno gordo declamando.

¡Ay si se demora el dinero de la quincena! media docena de suegras sobre un solo yerno, sería sin duda mas soportable. Ay! si la contrata no tuvo

mas amarraduras que bolsa de usurero y mas cortapisas que arancel de aduanas!

Tercera—Artistas líricos, especie de canarios que es preciso no esponer ni al sol, ni al frío, ni á la intemperie; que es menester contemplar y cuidar como se conserva y cuida un falderillo. Constipadizos, acatarradizos, narcisos, llenos de compromisos y de postizos.

Cuarta—Autores dramáticos, pegajosos, pretensiosos, pulgas para el oido de los empresarios parche poroso de los actores y á la vez víctima de la ignorancia de unos y de otros, de la malevolencia de sus propios cofrades y colegas, de la envidia del vulgo y de las barbaridades de la censura.

Quinta—Maestros músicos, laureados y sin laureo, con mas vanidad que pesetas; llenos de caprichos á fuerza de buscar temas; insoportables, intránsigentes y enemigos entre sí mas que los médicos y algo ménos que los gallos.

Sexta—Coristas de los tres géneros, masculino, femenino y neutro; desafinados de oido y de conciencia, embrollo viviente en que los hombres hacen á cada rato los Horacios y Curacios y las mugeres la chica Angot y la favorita de Barrás.

Septima—Bailarinas y figurantas, tanto mejores cuanto mas *lijeras*; cimientos fuertes para edificio de plumas, columnas dóricas para coronacion de cañas. Para ingresar en la aceptacion pública llevan el pasaporte en las piernas, la censura no regaña por un dedo de tela, mas ó ménos.

Octava—Orquesta. Tubalcain, inventó la música, los que la cultivan y viven de ella, han quedado con la última parte del nombre y, bien mirado, con mucha justicia. Salvo siempre honrosas excepciones, las orquestas son la polilla de las empresas. Verdad es tambien que las empresas suelen ser el sabañon de todo el mundo, excepto respecto de los artistas con quienes mantienen la misma armonía que la muy edificante que existe entre el padrastor y los hijastros.

Desde luego, al trasponer los umbrales de aquello que los poetas han dado en llamar el Templo del Arte, los sacerdotes, sacristanes y monaguillos que allí se cobijan, dejan fuera todo lo que sea buena fé, sentimiento generoso, agradecimiento, consecuencia etc. etc.

Allí se juega al quien la pega primero y el como se saca mas dando ménos.

Un excelente amigo mio, artista, pero de los que coloco entre las honrosas excepciones, como buen sastre que conoce el paño, decía:

—La gente de teatro tiene tres sangres.

—Cómo tres sangres!

—Tres sangres: sangre de cordero, sangre de marrano y sangre de tigrillo.

—Explica esa maravilla.

—Artista sin contrata, que se dirige á un empresario para decirle poco mas ó ménos:—¡Hombre! sé que va usted á formar una compañía; acuerdese usted de mí; mire usted, aquí en confianza, no tengo que comer y ni aún sé como pagar el alojamiento que ocupo. Yo me contentaré con lo que usted quiera—será su caballerosidad la que fije el precio, porque al fin lo que yo necesito es trabajar. Mire usted que sabré agradecerlo—Pero no puedo ofrecerle á usted gran cosa porque los tiempos... ya usted ve y luego los gastos....

—Ya; pero yo me contentaré con cualquiera cosa. —Si es así, dese usted por contratado. —Gracias, no lo esperaba ménos de usted; me salva usted, sobre todo si me diera algun adelantati-

lo para salir de apuros.—Ya lo veremos.—Adios, confio en usted.—

Esa es la primera sangre; sangre de cordero.

El mismo artista al recibir ya contratado un papel que no está en relacion con sus humos y vanidades:—Vean ustedes el papel que me dán.... ¡canallas! como abusan de la posicion de un hombre... ¡miserables! pero yo los haré conocer que no se me hiere impunemente. Ah! si yo pudiera prender fuego al teatro y tostar al empresario.....

Segunda sangre; sangre de marrano.

El mismo artista á los tres ó cuatro meses de la temporada; ya con reloj y cadena y vestido elegante y algunos duros ahorrados:—Qué! se ha figurado el empresario que yo soy un chizgaraviz y un artista de pacotilla? Dígale usted que yo no represento ó canto ó bailo mañana; que no me acomoda el papel y que si á él no le acomoda mi determinacion comperé mi contrata y se la arrojaré á las narices.

Tercera sangre; sangre de tigrillo.

Despues de esto, piense el lector un momento, extienda esas escenas á innumerable cantidad de actores, actrices, coristas, bailarinas y figurantas. Figúrense los enojos de la tiple con el barítono y las reyertas de la compimaria con el bajo y de la característica con el galan. Métale pluma en seguida á las intrigas de entre bastidores, á las intrigas de la boletería, del patio y de los pasillos; á las pretensiones de los alabarderos encargados de aplaudir ó de silbar, segun los casos, á los celos y rencillas de las damas, damitas y damiselas, á las bribonadas de los agentes de otras compañías y, finalmente, á las exigencias de los públicos descontentadizos, á los descuidos de los directores de escena inútiles, á las críticas necias de ciertos gacetilleros, no por obra de trabajo y de estudios, sino por obra y gracia del Espíritu Santo, y finalmente, á las censuras de una junta que tal vez no tiene censorio.

Ah! podrá ser muy difícil de arreglar la cuestion de Oriente; pero vengan diez cuestiones de Oriente y no una sola cuestion de teatros, porque aquellas se arreglan al fin con plomo y pólvora, mientras esta no la arregla ni el diablo con todos sus familiares.

"A todos y á ninguno
Mis advertencias toca,
Quien haga aplicaciones
Con su pan se lo coma."

JULIO L. JAIMES.

Quien mucho abarca.....

(HISTORIA LAGRIMOSA.)

Se llamaba Sofía, y era chiquita, muy bien formada, graciosa, pizpireta y sensible hasta la pared de enfrente.

De sus ojos brotaban rayos, de sus labios flores. Su corazon era una fragua. Amaba al por mayor. ¡Deliciosa criatura!

Tuvo tres novios.....reconocidos oficialmente por la mamá.

El primero era un estudiante poco estudioso.

El segundo hijo de un boticario muy tacaño y avaro.

El tercero un gacetillero pobre, (y UU. dispensen el pleonasma).

Sofía queria á los tres. Muger magnánima! A los tres dió inequívocas muestras de cariño. ¡Oh liberalísimo ser!

¡Pobre niña! el caso es que no se casó al cabo

con ninguno de ellos. ¡Arcanos inescrutables del destino!

Pero vamos por partes.

El estudiante se llamaba Angel, y era muy bonito, eso sí, pero haragan de una manera hiperbólica y enemigo recalcitrante de los libros, de los ingleses y del matrimonio.

Sofía estaba enamorada de él como puede estarlo una joven de diez y siete años, ávida de emociones, sensible hasta dejarlo de sobra.

Se vieron y se amaron. El exhaló cinco ó seis suspiros y ella lanzó un ¡ay! que seguramente quería decir: ¡hay lo que se busca! esto es, amor, correspondencia, cariño.

Y el estudiante la siguió á todas partes, y se hizo presentar en su casa, y á las primeras de cambio declaró su atrevido pensamiento.

Y ella dijo que si iba con buen fin, no tendria inconveniente en corresponder á su cariño, y como el estudiante no abrigaba por cierto la morrocotuda idea de casarse, contestó que sí, esto es que sus intenciones eran excelentes.....bajo cierto punto de vista.

Y Sofía lo creyó á piés juntillas, porque ninguna muger se muestra incrédula en circunstancias parecidas, y la palabra de los novios es el evangelio.

Pasaron las horas. Sofía estaba cada día mas enamorada de Angelito, y en cuanto pasaban dos horas sin verlo, se echaba á llorar como una Magdalena, porque, lo que decia ella, tal vez le habria sucedido alguna desgracia, ó le habria dado el sarampion, ó estaria sufriendo las terribles consecuencias de algun discurso político, de esos que se pronuncian en épocas electorales.

Pero Angelito volvía por fin á sus brazos, y entonces la alegría volvía á su corazon y la sonrisa á sus labios.

Su corazon latía con violencia, las lágrimas secábanse en sus ojos y los temores huían de su alma cual bandadas de amedrentadas aves.

—¿Me amas mucho, Angel? murmuraba la chica con inefable acento.

—¡Oh, mucho! respondía él con melodramática intencion.

—Y si alguno te disputara mi cariño, ¿serías capaz de matarle?

—¡Desde luego!...si fuera algun inglés.

—¡Si supieras!... he estado llorando una hora y cinco minutos, viendo que no venias.

—Ya estoy aquí, alma mía, y te quiero mas que nunca.

Tres dias despues Angelito lo olvidó.

Al saberlo Sofía, dícese que exclamó por lo bajo: —Qué bien hice en dar esperanzas al rubio! Gracias á Dios que no me quedaré sin novio.

El sustituto de Angel era el hijo del boticario, muchacho muy bestia y muy arrimado á la cola, y redactor por mas señas, de un periódico semanal titulado "La Azucena de José". ¡Con un acubuche debían medirle las costillas las señoras musas!

El rubio llamábase Carlos, y no tenía mala figura, aunque sus facciones nada absolutamente expresaban. Su rostro era un libro en blanco. Sin embargo, sus papás y sus apreciables tías se deshacian de elogios de su admirable talento, y le presagiaban un porvenir de color de rosa, pues con la misma facilidad que se sonaba las narices

componía un soneto, no con estrambote, sino estrambótico, y con tan felices disposiciones no podia ménos de conquistarse un elevado puesto en la república de las letras.

Sofía se alegró en el alma de haber hecho semejante adquisición, pues siempre halaga á las niñas el tener por novio á todo un señor poeta y ver su nombre en letras de molde en los papeles públicos; encabezando una columna entera de bonitos elogios y alambicadas frases.

—¡Cómo van á rabiarse mis amigas! fué lo primero que pensó la muy pícaro.

Y esta agradable idea la tuvo desvelada una porcion de noches.

Carlos era, despues de todo, un buen chico, y habria sido una persona recomendable si no hubiera tenido el defecto de escribir versos, dignos mas bien de figurar entre los narcóticos de su señor papá, que en las páginas de un periódico.

La mamá de Sofía no tardó en darle el *¿quién vive?* escamada con lo que habia pasado con el otro, pero Carlitos juró por su tatarabuelo que amaba con buen fin á la niña, y que se casaría con ella aunque se juntara el cielo.....con el firmamento.

La presunta suegra sintió que se desvanecían sus temores, y fiando en la palabra del hijo del boticario, dejó que frecuentara su casa, y aún le convidó á comer algunas veces, no con el objeto de ofrecerle grandes banquetes, sino con el de que participara de su pobreza. (sic.)

Y Carlos creía hallarse instalado en el quinto cielo, y elogiaba el talento culinario de la cocinera á la que prometía una oda por vía de agradecimiento, y seguía haciendo el amor á la chica á cuyos encantos mostrábase sensible.

Un dia la mamá llamó aparte al mancebo y procurando dar á su semblante una expresion grave, para mostrarse á la altura de las circunstancias, le disparó á boca de jarro esta indirecta:

—Caballero, necesito saber cuando se efectúa la boda.

—¡Mi.....!a.....!oh!

—Dispense U..., creo que no ha contestado á mi pregunta.

—Es que no he comprendido bien.

—Hace cuatro meses que tiene usted relaciones con Sofía.

—Es cierto, bella señora, aunque me parece que no han pasado mas que cuatro dias.

—¿Cuándo piensa usted en casarse?

—¡Oh! no llevo prisa..... ¿le parece dentro de ocho años?

—¡Caballero! usted se burla seguramente.

—No por cierto.

—Mi hija no puede esperar tanto tiempo. Hay muchos que la pretenden, y no es justo que por atender á usted pierda la ocasion de colocarse.

—¡Pero si me ha dicho que será mia ó de nadie!

—¡Bah! eso se dice.... pero no se hace.

—¡Caracoles!

—¡Qué dice usted!

—He dicho caracoles.

A la mamá de Sofía se le cayó el alma á los piés. Carlos era un tunante, un mal nacido, un embustero. Para que vean ustedes lo que son las cosas.

La niña estaba escuchando este diálogo tras de una puerta, y fué tan violenta la impresion que le produjeron las palabras de Carlos, que cayó desplomada al suelo.

La mamá lanzó un grito. El novio escurrió el bulto.

Aquel día nuestro poeta, que sabia despachar alguna vez medicinas y demás excesos en la botica de su señor papá, hizo unas píldoras de arsénico que mandaron al otro mundo á un infeliz enfermo; ¡tan turbado estaba el pobre chico! ¡Déjenle ustedes de una escena patética!

La verdad es que era muy jóven, y por lo tanto muy débiles sus hombros para soportar la pesada cruz del matrimonio.

Además no tenía un real. ¡Cómo que era poeta! Lector, riase U. de los que dicen que no existen sinónimos.

Poeta es exactamente lo mismo que pobre.

Carlos había prometido el oro y el moro á Sofia, con tal de que correspondiera á su amor, y una vez colmados sus deseos, tomó las de Villadiego, como se ha visto, sin decir si quiera ¡vuelvo!

Y héte á Sofia sin novio otra vez. ¡Que demonio de mujercita!

Y pareció el tercero. ¡Si, señores! apareció otro novio! ¡Guapo chico! ¡Cómo que era gacetillero! Me parece que.....

La joven se volvió loca por él, y le juró que hasta entónces no había sabido lo que era amor, pero que desde aquella fecha estaba al cabo de la calle, como dijo el otro (un personaje famoso.)

La mamá no las tenía todas consigo, por aquello de que el gato escaldado de la agua fria huye, y así es que la buena señora creyó oportuno tener una *explicacion* con el gacetillero á la segunda visita que hizo este á la familia.

—¿Ocupa U. una buena *posicion*? le dijo despues de preguntarle por la familia.

—Sí, señora, generalmente..... la horizontal.

—Me refiero á su *posicion* social, caballero.

—Escribo en un periódico, y tengo lo suficiente.....(para morir de hambre.)

—¿Cuándo piensa U. casarse?

—Cuando herede á algun pariente millonario.

—¿Tiene U. algunos?

—¿Parientes? si, señora..... (mas pobres que yo.)

—Sofia es muy sensible.

—¿De veras? ¡encantadora niña! me gusta mucho la *sensibleria*...!

—¿Con que quedamos convenidos?

—No se hable mas del asunto. Me parece han quedado orilladas todas las dificultades.

Y el gacetillero fué admitido en calidad de novio, y Sofia amó hasta allí, y pasaron ambos muy buenos ratos, porque el amor es una ocupacion bastante agradable, por mas que digan los escépticos, gente que á fuerza de no creer en nada, acaban por creer en una porcion de tonterías.

Pero el gacetillero no era de mejor condicion que sus antecesores, y acabó por aburrirse en medio de su felicidad.

La sensible Sofia pasó un mal rato. Porque ¡ay! le amaba de veras, sobre todo desde que sabia que iba á casarse con él.

El papá de la niña (personaje del cual no hemos hablado hasta ahora) encontró tres meses despues á nuestro gacetillero, y entablóse entre ellos este diálogo:

—Callallero, su conducta de U. no me parece decente.

—Señor mio, yo opino todo lo contrario.

—Le andaba buscando á U.: quiero tener una *explicacion*.....

—Hombre, lo que es en este momento llevo mucha prisa.

—¿Sí? pues dígame U. donde vive.

—Caballero.... ¡me he mudado!

Lo cierto es que la Sofia se quedó sin novio, como se quedaron sin idem todas aquellas que se enamoren con demasiada facilidad cambiando de amamante como de vestido.

¡Pobre chica! y es lástima, porque es muy bonita.

¡Así son las cosas!

B. NETO.

El Lego de los melones.

Gentes que poco se detienen en pensar y que juzgan por esterioridades, vienen siempre en fallar como les viene á talante; y así dicen por un fulano: vamos, ese no sirve para nada—como si efectivamente hubiera alguien que para algo no sirviera.

Así como creo que todo es útil para los hombres y que hay hombres útiles para todo, así creo yo que no haya hijo de su madre que no sirva de algo, la cuestion está en saber para qué, pues que no está el negocio en bailar sino en saber dar la vuelta; lo que precisa es pues examinar al hombre, ver para qué tiene disposicion y luego encontrar para lo que puede ser útil.

La madre de Benito Terralla, preocupada siempre con la rara estupidez de Benito y despues de trabajar todo lo posible por educarlo, infructuosamente, y no ver en él cosa alguna en que pudiera descubrir la aplicacion de este ente, concluyó por desesperarse y declarar ántes de morir:

Que Benito Terralla,
Entre los brutos
Ha ía raya.

Malton fué Benito, y solo en el mundo, sin apoyo de familia, dió con su humanidad en la portería del convento dominico de Lima, muy á principios del siglo. Habito vistió de hermano y tan fué lego, como lego en toda materia.

El guardian trabajó con mucha constancia en ver para lo que debería ser útil en el convento; pero siento decir que tuvo, á poco tiempo, que no disenter en opinion con la madre de Benito. Benito no servía para nada.

De campanero, en lo ménos que hizo fué repicar un toque de ánimas; de lego de refectorio, mas platos quebró, que pelos le rapaban; y en la sacristía dió mas trabajo que si no hubiera hecho las cosas; pues que otro lego tenía de hacer lo que mal hecho estaba por Benito; en la cocina solo comia, y podia quemarse todo guiso si el cocinero se ausentaba por momentos ántes que él tuviera la discrecion ó de sacar el fuego ó de bajar la olla.

Por fin, ya recorrido todo lo posible de hacerse en oficios bajos, se convino en que Benito no habia llegado á la altura de ellos; preciso fué no mantener ociosos, y sin reforma conventual ni mala disposicion para ponerlo fuera, lo degradaron del hábito dominico y fué á rodar mundo en una de los mañanitas de Abril; pero como no es posible comer sin vivir, ni vivir sin comer, inclinado Benito á la vida del cláustro, tocó en la portería de Jesuitas, y allí como hijo del hijo de Dios y hermano de los hijos de Jesus fué admitido y pasado al seno de la comunidad sin muchos preámbulos. Allí se hicieron grandes esfuerzos y entre los mas sabiondos Doctores, para descubrirle algo para qué debió el padre comun echar á la

tierra al hermano Benito; pero tanto se hizo, tanto se examinó y se sabia tanto entre dichas gentes, que al fin toparon con el por qué y el para qué de la utilidad de Benito.

Un dia de gran comilona en San Pedro, á la que asistió el Prior dominico y algunos cogotudos de birrete, si algo llamó la atencion á mi dominico no fué otra cosa que ver en ese convento de gran reputacion y entre hombres de tan alta sabiduría al lego Benito entre los de servicio de refectorio, y así, pasado el bodorrio, con algunos rodeos y no pocas dispensas por la curiosidad, preguntó al prelado, en qué podía haber aprovechado á Benito; pues que él en mas de un año, no habia podido encontrar cosa en que le fuera útil. El prelado le dijo: «No con poco trabajo es verdad, reverendo padre, hemos encontrado que este hombre posee la cualidad de conocer los mejores melones y la buena fruta, y con solo este oficio gana debidamente lo que en alimento, celda y vestuario le dá la comunidad.»

¡Jesuita se necesitaba ser! dijo el dominico para poder descubrir el algo para que servía Benito; pues que yo, habia declarado, como un cura á quien respeté por sabio, que no servía para nada; pues que haciéndole la pregunta á este de que por qué conservaba un cholito de lo mas inútil, me dijo: «Este cholito solo sirve para quemarme la sangre, y en un pais frio como en el que habito, por razon de mi curato, me es útil.»

V. MERIDA.

Origen de los nombres de las calles de Lima.

(Continuacion).

AFLIJIDOS.

El terremoto acaecido en Lima, el 28 de Octubre de 1746, á las diez y treinta minutos de la noche, dió origen á que se denominara de los *Aflijidos* la calle en donde se aglomeraron, despues de destruida la ciudad, innumerables personas que carecian de pan y de hogar y á quienes el Virey Manso de Velasco, Conde de Superunda, dió órden de reunirse con el objeto de repartirles los auxilios indispensables para el sostenimiento de la vida.

«La total carencia de carne, la falta completa de provisiones comestibles y las harinas de las panaderías con el polvo convertidas en tierra, fueron el segundo flajelo que atijió á las gentes menesterosas, y espedí orden (escribe el virey) para que esos aflijidos se congregasen en los sitios que marqué.»

El Virey, ántes de dirigirse al Callao, socorrió á las aflijidos que pululaban en la calle que hoy lleva este nombre, pasando despues á Cocharcas y á Malambo, y hé aquí la calle que primero visitó el Virey bautizada, y hasta confirmada, con la denominacion casual que le cupo en suerte: «*Los Aflijidos*.»

A fin de que los habitantes de Lima, que habian quedado en la mendicidad por la pérdida de sus bienes muebles é inmuebles, recibieran socorros, el Virey expidió un decreto, en 10 de Noviembre de 1746, para que el Cabildo y Rejimiento de la ciudad nombrasen cuatro Alcaldes ordinarios en vez de los dos que ántes existian, nombramiento que se realizó en 1.º de Diciembre del referido año 1746.

ALAMEDA (VIEJA).

La *Alameda* plantada en 1611, en la calle recta del convento de los Descalzos, extendiéndose has-

ta el *Pedregal* por el costado izquierdo, dió nombre á las tres calles referidas, que se conocen desde aquella fecha, con el nombre de *Alameda vieja*.

La vejez ó ancianidad del título, reconoce por causa que mucho despues formaron otra alameda en Acho, á la que se llamó nueva.

Nada mas impropio que la denominacion de *alameda* á la plantacion que no es de *álamos*; así pues á la arboleda formada de corpulentos y añosos sauces debió llamarse *saucera*.

No era raro ver podados los sauces y reducidos á troncos, y sin embargo el nombre de *alameda* continuaba sin interrupcion: para evitar el absurdo debió entonces habersele llamado *la tronquera*.

Por decreto supremo de 19 de Enero de 1856, se dispuso que la *alameda vieja* fuera transformada en un jardin, verdadero paseo público que hoy cuenta la capital.

ALAMEDA (NUEVA).

La *Alameda nueva* ó de *Acho* se formó en 1773, compuesta de tres calles, que son la recta á los baños de la Piedra Liza.

Reproducimos lo dicho anteriormente acerca de la impropiedad de llamar *alameda* á una arboleda formada de *saúces*.

ALBAQUITAS.

Durante los dias jueves y viernes santo queda depositado el viático en una urna y los templos se engalanan con primorosos objetos de arte, que, con la iluminacion, dan un *golpe de vista* admirable.

Entre los adornos de rito ó de cajon, se hallan las macetas de albacas, porque esta planta, además de exhalar un perfume exquisito, posee un verde hermoso y brillante.

Esto supuesto, falta saber que las monjas del Convento de la Concepcion eran las proveedoras de albacas para los monumentos de los templos; tenían el privilegio esclusivo de este ramo y, por lujo y devocion al Santisimo, obsequiaban albacas á todas las iglesias.

Las Reverendas madres consabidas, cuya riqueza es proverbial, tenían el almáxico de las albaquitas en la parte del convento que colinda con la calle á la que dichas *albaquitas* dieron nombre.

AZAÑA.

La persona aficionado á antiguallas que desee enterarse de las disposiciones municipales y registre con escurpulosidad los libros de acuerdos del Ayuntamiento, verá que el pueblo de Lima, durante la época colonial, no fué ingrato con las autoridades que le favorecían.

Entre estos benefactores de la ciudad figura en primera línea el señor capitán Don Bartolomé de Azaña, quién, en 1644, desempeñó la Alcaldía en unión del capitán, también, Don Alvaro Rios y la desempeñó, á pedir de boca, dando al pueblo pan barato y tratando á todos con exquisita amabilidad.

Estas recomendables cualidades le valieron una manifestacion popular de simpatía y la reeleccion en 1654, año desde el cual funcionó, compartiendo las labores de la Alcaldía con Don Antonio de Izasaga.

No terminaron aquí las relaciones del señor Azaña, puesto que, en 1664, él y Don Amador Cabrera fueron designados para la Alcaldía.

En esta vez las ovaciones del pueblo fueron extraordinarias y el nombre de Azaña se hizo es-

tensivo á la calle en donde este cumplido funcionario tenía situada su casa morada.

Hé aquí, pues, el nombre de *Azaña* aplicado, con justicia, á una de las calles de Lima.

ASISOLO VILLARAN.

(Continuará.)

Kaleidoscopio.

Nuevo periódico.

Ha salido «La Verdad»
Y su aparicion me admira.
(Hablo con sinceridad)
Por que no he visto á mi edad,
Verdad con tanta mentira.

Pan de dulce.

Si nada tiene de pan
Ese vizcocho tan malo
Y ni de balde lo dan,
¿Por qué pues lo llamarán
Pan de dulce y de regalo?

Mi gusto.

Tiene unos ojos
Doña Dolores,
Y unas pestañas,
Que mas que ya pestañas, son pellones.

Tiene una boca,
Tiene unos labios,
No que son rosas,
Sino mas que ladrillos, colorados.

Tiene ella una garganta
Un tan robusto cuerpo,
Que mas que tener facha,
Fachada es con balcones y antepechos.

Y tiene ciertas cosas,
Ciertas gracias ocultas,
Cierta modo garboso,
Que francamente á mí, ya no me gusta.

Cantares.

I.

Yo te amára, niña bella,
Con un amor singular,
Como aman los pensionistas
La misma caja fiscal:
Como los peces el agua,
Como el caracol al mar,
Yo te amárapero dime
Si tú tambien me amarás.

Como la brisa á las flores,
Las aves la soledad,
Como el águila sus alas,
Y el condor su libertad,
Como el cisne su blancura,
Su tornasol el torcás;
Pero ántes dime.....primero
Si tú tambien me amarás.

Como ama la mariposa
Llama que la va á quemar,
Como la miel las abejas,
Y la gabiota la sal:
Te amara mucho, alma mía,
Mas que todo y mucho mas;
Pero ántes dime...primero
Si tú tambien me amarás.

II.

Pero si no me amas, niña,
El diablo te ha de llevar,

Pnes he de ser tu cencerro;
Un zancudo en carrizal,
Una estampilla en la carta,
Y de tu reja un guardian;
Tanta será mi constancia
Como es tu temeridad.

Tú eres el sol, yo la sombra,
Donde estás la sombra vá:
Te he de seguir como sigue
Lo que es de acero al iman,
Que si amor quiere constancia
Será mi constancia tal,
Que al juzgarlo por estenso
Tendrá este una vara mas;
Pues que ha de ser tanto y tanto,
Cuanta es tu temeridad.

Hace mal Encarnacion,
Cuando en calles se pasea
Con el niño de Simon,
Pues cualquiera que la vea
Cree que encarnó ella el pichon.

Mi mano pide José,
Decia Juanita Erazo,
Si se la doy coje el brazo,
Y de allí se toma el pié;
Y como mujer discreta,
Que no procuro esponerme,
Si llego á comprometerme
Me casaré por tarjeta.

V. M.

Padre decia Camacho,
A su confesor Ferrer;
No tengo pecados de hombre,
Totitos son de mujer.

¡Una bendita limosna!
¡Una caridad señor!
—¿Qué necesita Usté, hermana?
—Un poquitito de amor.

—Porqué tienes la nariz
Tan roja como un tomate?
—Porque tomo noche y dia
Mucho café y chocolate.

M. A. F.

HOJAS DE COCA.

TOMO 2.º

Artículos húmedos.

De venta en la librería de Don Benito Gil, calle de Bodegones.

VERBOS Y GERUNDIOS

POR

RICARDO PALMA.

Edicion de Madrid. — Un tomo.

De venta en la librería de Benito Gil, calle de Bodegones.

Sumario.

El hábito no hace al monje (tradicion), RICARDO PALMA. — Una leccion en regla, RICARDO PALMA. — Lorenzita, M. A. FUENTES. — Lo que pesa el oro en Oropesa, ASISOLO VILLARAN. — Juicio de Trigamia (continuacion). — Una cuestion mas difícil de resolver que la de Oriente, JULIO L. JAMES. — Quien mucho abarca.... (historia lacrimosa), B. NETO. — El lego de los melones, V. MÉRIDA. — Orígen de los nombres de las calles de Lima, (continuacion) ASISOLO VILLARAN. — KALEIDOSCOPIO. — Nuevo periódico. Pan de dulce, etc., etc.

IMPRENTA DEL ESTADO.